

Recuerdos

Nelson Medina, O.P.

1. Una Cuenta Regresiva

Mi papá recuerda una anécdota de mis primeros años de secundaria. Temprano en la mañana, mis hermanos y yo debíamos prepararnos para ir al colegio. Para agilizar mi propio tiempo yo acostumbraba hacer una contera hacia atrás, que iba diciendo en voz alta; por ejemplo: "300, 299, 298, 297...". La idea era estar bañado, arreglado y listo antes de llegar a cero. Como yo llevaba esa cuenta en voz alta, porque no tenía un cronómetro a mano y si lo tuviera no creo que lo sometería a una ducha diaria, un día mi mamá me pilló con la extraña letanía de números en descenso. Le preguntó ella en voz alta a mi papá que qué era eso y él respondió lo único que podía responder: "No sé; hace días está con una cuenta regresiva..."

Es un relato intrascendente pero revela algo que sé que me ha acompañado incluso desde la infancia: la conciencia de un tiempo finito, de una cuenta que se agota, de un límite que está "ahí" y al que nos vamos acercando. O dicho de otro modo: la muerte.

Los años han pasado y me convengo de que la certeza del tiempo finito (eso suena menos escandaloso que "la muerte") ha guiado mi vida hasta en detalles muy pequeños y laterales. Saber de la muerte es el camino más directo para valorar la vida.

En mis primeros años de fraile tuvimos un profesor de economía, tema del que tuvimos realmente sólo una introducción. El hecho es que este hombre introdujo su materia destacando que la economía se ocupa de los bienes finitos y necesarios, pues son estos los que están sujetos a las leyes de oferta y demanda, y también de acumulación, préstamo o renta. Sobra decir que pensé en la vida misma y sobre todo en mi vida.

Otros autores han escrito y predicado con acento solemne y casi dramático sobre la muerte. Cosas como aquello del número de días, que se parece tanto a mi cuenta

regresiva de los años infantiles: si voy a vivir unos 40 años más, no me quedan más de 15000 días. Y cada día, uno menos. Sé que a algunas personas estas consideraciones les angustian o fastidian. A mí me causan fascinación y me devuelven al cauce principal de mi vida.

Mis 15000 días (¿o serán menos?) no pueden perderse. Son un regalo irrepetible; son todo lo que tengo en realidad.

2. Una misión, una tarea

La conciencia del tiempo limitado conduce a la conciencia de una misión. Si estoy aquí es para algo. Siempre me impresionó aquello del libro Eclesiástico: "Hay otros a los que ya nadie recuerda, que terminaron cuando terminó su vida, que existieron como si no hubieran existido, y después pasó lo mismo con sus hijos." (Sir 44,9).

Eso de "terminar cuando termina la vida" y de "haber pasado como si no se hubiera vivido" es la mejor descripción narrativa del absurdo que yo conozco. Cuando uno se rebela contra eso tiene que hacerse una pregunta: "¿Para qué?" Esa pregunta conduce a una misión, una tarea.

Me ha llamado la atención que muchas personas no parecen angustiarse por estas cosas. Sus vidas parecen hechas de carrileras claramente demarcadas y en cada punto del camino ya parece que supieran cuál es la estación que sigue: primero el colegio, luego la universidad, luego un trabajo, luego unos ahorros, luego una buena pensión, luego una vida descansada con largos ratos frente al televisor. Por último, una enfermedad, ojalá breve, y todo acaba. La gente lo vive casi sin planteárselo. Todas las respuestas están a la mano así que, ¿para qué hacerse preguntas?

Quizá este tren de la vida vivida es aún más fácil cuando las personas asumen pronto la tarea noble y difícil de la crianza de unos hijos. Creo que nadie sabe cuánto admiro y quiero yo a los que son papás de corazón, porque me parece que hacen un bien inmenso y perdurable. La contrapartida de ese bien, sin embargo, es que fácilmente avanzan de una a otra "estación" de vida sin muchas preguntas. Solamente van resolviendo lo de cada etapa, de manera que cuando los interrogantes más hondos surgen la pobre gente está agobiada de problemas más

inmediatos y perfectamente válidos, desde las enfermedades inesperadas de los críos hasta los agobios para pagar las cuotas en la universidad de los muchachos.

No fue así en mi caso. Por razones que sólo poco a poco terminaré de descubrir algún día, sucede que no recuerdo haberme sentido llamado a hacer un hogar. Eso descarga de muchos problemas que tiene el común de los mortales pero no deja sin problemas. Más bien agudiza la pregunta, la gran pregunta del "¿para qué?" La conciencia se siente agujoneada por tal interrogante que pende silencioso y solemne todos los días y todas las noches. Por ello mismo, la mirada se acostumbra a ver el mundo en busca de señales que den traza de respuesta. Uno se hace a la idea de que tiene que leer de la mañana a la noche, no libros o no sólo libros, sino la vida. Hay un tesoro escondido y hay que encontrarlo.

3. Pido respeto para el amor de las parejas

He dicho que nunca me sentí llamado a formar un hogar. Eso me acerca al tema primero que surge cuando se habla de sacerdotes: el celibato.

Dado el número de escándalos de violación de menores que han surgido en la Iglesia recientemente, en la inmensa mayoría de los casos, abusos homosexuales a niños, se airean nuevamente frases del estilo de "¡Ahí están las consecuencias del celibato! ¿Qué más tendrá que pasar para que el Papa entienda que los sacerdotes deben casarse (o poderse casar)?"

Ese modo de hablar me parece un insulto al amor de pareja. Vamos a suponer que soy una mujer. ¿Qué me está diciendo esa frase? Que si un clérigo se casa conmigo entonces ya no sentirá ganas de tener sexo con niños. La idea de sexo que subyace aquí es: una fuerza de autocomplacencia que es mejor tenerla legalmente con una mujer y no reprimirla para que se desborde con niños. ¿Qué mujer sentirá que esa sexualidad corresponde a su idea de intimidad, comunicación y amor?

Y ahí está el punto: la mayor parte de la gente se acerca a examinar los temas del celibato desde la idea preconcebida de sexualidad que ya tienen, es decir, la idea que les han construido en la cabeza (y el resto del cuerpo). Yo cada vez siento menos temor de abordar tales temas por la sencilla razón de que descubrí hace rato que el tema del celibato no tiene que ver en realidad con nosotros los célibes

sino con toda la idea y montaje que existe sobre la sexualidad hoy. Típicamente, cuando una persona empieza a preguntar sobre el celibato lo que quiere es que le aclaren sus propias ideas sobre el sexo.

Mucho más interesante es el amor de la pareja como tal. Más bello y apasionante que el sexo comercializado y empacado al vacío es la sexualidad en el conjunto del plan de Dios. Mientras que uno puede llegar a sentir rabia o asco del sexo a la venta, yo por lo menos no me canso de admirar cómo Dios nos hizo "hombre y mujer"...

Y sin embargo, la afectividad humana tampoco es el tema decisivo cuando uno mira a su misión última en esta tierra. La mayor parte de los afectos humanos tienen un propósito que es bello y necesario, si se quiere, indispensable, pero de todas maneras muy limitado: son ayuda para el camino. Mas el camino se acaba y "en la resurrección, ni se casan ni son dados en matrimonio, sino que son como los ángeles de Dios en el cielo." (Mt 22,30).

4. Dulzura de la Verdad

Hay muchas maneras de comprender porque hay muchas cosas para ser comprendidas. Y eso: poder entender y comprender, es una de las experiencias más bellas, dulces y liberadoras que yo pueda contar. Encontrar algo verdadero es siempre encontrar algo más fuerte que la muerte.

Esto lo aprendí primero en los teoremas de las matemáticas. La elegancia de una buena demostración no termina cuando termina la vida de quien la inventó (¿o descubrió?). Decir algo verdadero es quizá la manera más bella de decir algo eterno.

Por eso he llegado a identificarme con lo que dice el autor del libro de la Sabiduría refiriéndose a su amor por ella, que da título a su obra: "La amé más que a la salud y a la belleza; la preferí a la luz del día, porque su brillo no se apaga" (Sab 7,10).

También fue eso lo que más me atrajo de Santo Domingo de Guzmán, el fundador de nuestra Orden, junto con su familiaridad hacia la Virgen María. De él me fascinó que su obra fuera sustancialmente hablar. A mucha gente esto le parece

un punto débil. Se supone que el Evangelio se muestra con obras y que las obras que proclaman el amor son ante todo las obras de misericordia. Santo Domingo, sin embargo, no fundó orfanatos ni ancianatos, ni hizo hospitales ni refugios para desplazados. ¿Qué clase de evangelización es esa que "se queda" en palabras?

Pues esa es la maravilla: que la verdadera palabra, que siempre es la palabra de verdad, no "se queda." La palabra de verdad, la que va cargada de sabiduría y preñada de luz orada el corazón y puede traspasarlo, como hizo Pedro en su predicación de Pentecostés (Hch 2,37).

Fue así como la muerte me llevó a buscar la verdad y el amor a la verdad me hizo predicador, tras las huellas de Santo Domingo.

5. La frase de Marx

"Los filósofos hasta ahora no han hecho sino pensar el mundo; ahora hay que cambiarlo." Esa frase, o parecida, dijo Marx. Hay que ponerla en paralelo con otros esquemas de pensamiento. En mi historia personal el llamado "Principio de Incertidumbre" de Heisenberg ha sido una clave orientadora de muchas cosas.

En palabras distintas pero no lejanas del ámbito de la Física donde nació este principio, Heisenberg viene a decirnos que al observar las cosas las cambiamos. Y la razón es que la gran maravilla que hizo posible a la Física moderna, es decir, la formulación matemática de hipótesis contrastables, implica tomar como veredicto a la observación sucedida dentro de parámetros controlados. Esto quiere decir: producir interacciones. El sujeto cognoscente se implica en el objeto cognoscible. No puede pretender entonces algo distinto de lo que Heisenberg formuló en números: lo conocido no es el objeto desnudo sino el resultado de nuestra interacción con él.

Eso nos lleva a los términos en que los antiguos griegos veían el conocimiento como "theoria," palabra que viene de "theoréo" que significa "mirar, contemplar." Mientras que el paradigma de la Física Moderna es el acelerador de partículas que condiciona todos los parámetros para medir todos los resultados, el paradigma griego clásico se sitúa en el terreno del mirar y admirar, que ciertamente implica: no interactuar sino "dejar ser."

Uno diría que el modelo moderno maximiza la eficiencia al precio de perder el objeto. Es la paradoja de cómo llegar más rápidamente a una meta que la hacen nuestras propias zancadas.

Cuando miro hacia atrás descubro que nunca dejé de amar a la Física, a la que pude estudiar con gusto y a espacio durante mis años iniciales en la Universidad Nacional. Pero ese camino supone una teoría del conocimiento que finalmente cierra las manos demasiado pronto, y deja escapar a la presa. Amo la Ciencia y las Matemáticas pero a la hora de definir la vida, mi única vida, no podía ser ese mi camino.

Eso significa que me quedo más con el modelo griego que interactúa menos, o mejor: que tiene como referencia dejar ser al ser.

Optar por algo así no es fácil. Supone ascetismo, como lo destacó entre los Dominicanos, sobre todo el Beato Enrique Susón o Seuze. La búsqueda auténtica de una verdad contemplada sólo subsiste en el ejercicio de hacerse siempre un paso atrás, algo así como el "negarse a sí mismo y tomar la Cruz," que dijo Cristo. En los antípodas de Marx, un contemplativo de la sabiduría y de la verdad, sólo se extraña de cuánto la gente quiere cambiar las cosas sin saber exactamente ni cómo son ni cómo deberían ser.

Pero, por otra parte, hay pistas que todos los seres humanos tenemos sobre ese ser y deber ser. La agresión contra un inocente o el ejercicio de la mentira son cosas reprobadas en principio por todos los códigos morales. Entonces yo me siento tenso interiormente: en cuanto enamorado, perdidamente enamorado de la sabiduría al estilo del Beato Enrique, parece preferible padecer sin cerrar los ojos ni dejar de orar esperando luz. Pero en cuanto ser humano, me empuja el deseo común a todos de ver un mundo mejor, más justo, más sincero, más hermoso y feliz. Y en cuanto ser humano necesitado de afecto y por lo tanto de reconocimiento, también desearía que en la construcción de ese nuevo mundo yo tuviera algo que ver. Por eso hay tensión.

La manera de aliviar esa tensión es sobre todo a través de la predicación y la oración. Admiro a quienes lo resuelven sólo con la oración, que me parece más perfecto con respecto al acto de contemplar, pero la alegría de compartir lo contemplado también me ha dejado conocer su miel, y por eso necesito predicar.

Lo que dijo Pablo yo me atrevo a apropiármelo: "¡Ay de mí si no evangelizara!" (1 Cor 9,16).

6.La Llamada

Cuando uno siente que tiene una palabra que decir pero desconfía de quienes pretenden hacerse oír, porque ello es como cambiar el objeto que uno quería conocer, ¿qué opción le queda? Sólo una: esperar una llamada. Mi vida entera ha sido y cada vez es más eso: esperar una llamada. No es que una vocación *haya sucedido* en mi vida sino que mi vida entera *es* vocación. El último llamado que quisiera oír es el de Jesús: "Venid, bendito de mi Padre; ven a heredar el reino preparado para ti desde la fundación del mundo." No espero menos que eso; no sería cristiano si esperara menos que eso.

Pero mientras llega ese último llamado uno vive muchas veces la experiencia de no importar, no significar, "no pintar nada," como dicen graciosamente los españoles. Es el ejercicio de morir, cosa que no sucede con la última agonía sino que va sabiamente distribuido a lo largo de los días y las noches. Vamos viviendo y vamos muriendo; vamos llegando y nos vamos yendo; saludamos ya casi en despedida mientras la noche se nos viene encima. ¿Qué queda? Queda la verdad, como ya se dijo, pero sobre todo queda el amor. Tal vez la única sonrisa sensata en el rostro de un agonizante es el recuerdo del amor dado y del amor acogido.

La vida entonces es un ejercicio de amar con sensatez, con luz, con tino, con alegría y, si se quiere, con elegancia.

Para mí, es también el ejercicio de saberme llamado sin tener nunca del todo claro para qué o en compañía de quiénes. La gente se imagina que decir "soy sacerdote" o "doy clases en tal universidad" ya lo resuelve todo. Ninguna respuesta agota la hondura de la pregunta por excelencia: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?" (Mt 16,26)

La vida es un "mientras tanto." Cada día es una manera distinta de decir "por ahora." Cada estación, cada oficio, cada lugar y cada rostro son mitad respuesta: "¡Para esto vine al mundo!", y mitad pregunta: "¿Para esto vine al mundo?" Y entre preguntas y respuestas, uno siempre quiere algo más y siempre calla un poco lo

que tiene e ignora un poco de lo que carece. Es el misterio del tiempo, que nos sostiene mientras nos consume.

7. Casi Perfecto

Así como uno tiene grandes ideales también tiene pequeños caprichos. Recuerdo que le preguntaban una vez a una astronauta, recién llegada de vuelta a la tierra después de estar unos días o semanas en la Estación Espacial Internacional (ISS, por su sigla en inglés): "¿Qué desea ahora que de nuevo toca este planeta?" Uno podía imaginar respuestas desde lo sublime hasta lo trascendental, pero ella, una norteamericana típica, dijo: "¡Me encantaría tomar alguna bebida con gas!" En efecto: tales bebidas simplemente son imposibles en los ambientes limitados y supercontrolados del espacio orbital.

Todos, creo yo, tenemos un poco de ambas cosas: de lo trascendente y de lo trivial. Nadie puede vivir en cavilaciones hondas todo el día y toda la noche. Pende sobre nosotros la espada de la muerte pero no por ello nos privamos de sonreír, echar un buen chiste o disfrutar una buena cena en compañía de los amigos. Me dicen que Lutero dijo una vez: "Aunque supiera que el Señor va a volver esta misma tarde, todavía hoy yo sembraría un árbol." Puede interpretarse como la labor del pastor que no cede en su celo o puede ser simplemente una señal de que nuestra capacidad de ver el infinito también tiene que darse sus vacaciones y entonces conviene recordar el perfume de una flor o la alegría de sentir un abrazo verdadero.

Es curiosa esa paradoja, esa tensión que nos vincula a lo eterno sin despegarnos de lo transitorio. Sócrates a punto de morir se preocupa de un gallo que estaba entres sus deudas. De nuevo: ¿exceso de honradez o necesidad de atender también al detalle? Nadie puede estar todo el tiempo en el horizonte; hay que saber bajar la mirada y sonreír con la forma de alguna nube o el crujir de alguna hoja.

No soy la excepción. También mi vida está marcada por mil detalles. Quiero la eternidad con Jesucristo pero también quisiera que en Irlanda la gente supiera preparar mejor el arroz. Temo por la condenación de tanta gente peor también temo que me dé un dolor de muelas en mitad de la noche. Suspiro por la conversión de millones de personas pero suspiro también imaginando que pudiera

hacer lo que más me gusta: dar algunas clases aquí a gente que estuviera interesada en estudiar y aprender. Quiero la fraternidad de todos en Cristo pero también quisiera a veces sentir más cerca de gente que me pudiera dar de su tiempo y de su abrazo.

Con todo, si hago balances, mi vida es casi perfecta como está. Orar sin dramatismos ni poses; predicar sin estruendo y sí con todo el amor que puedo; pasar más bien desapercibido pero vivir la aventura delicioso de construir amistad; avanzar en una investigación seria, sin presiones, y tener tiempo para reflexionar y sobre todo para soñar. Sí: hay que hablar de los sueños.

8. Que Dios sea más conocido y mejor amado

Mi sueño, lo que yo quisiera ver antes de morirme, es una Facultad de Teología digna de ese nombre. Un lugar que le dé honra a Dios y busque con seriedad darle a conocer para que sea obedecido, servido y amado. No hablo entonces sólo de una institución académica; hablo de una "Escuela" de Teología y sobre todo de una Comunidad convencida del valor de cada cosa que el Señor nos ha dado en su Palabra y nos ha transmitido a través de su santa Iglesia.

Claro que este no es el único sueño. Quiero muchísimo ver el florecimiento de las Vírgenes Seglares; quiero unos seglares dominicos como los hemos anhelado siempre en Kejaritomene; quiero que las vocaciones sacerdotales infantiles, que las hay, encuentren lugares nuevos donde cultivarse sana y profundamente a la vez; quiero culminar bien las homilias para todos los días de todos los ciclos litúrgicos; quiero una buena biblioteca en fraynelson.com; quiero hacer un comentario bíblico y culminar un Curso de Teología para Todos; quiero poder seguir predicando en muchas otras partes y como siempre reza mi mamá, que las palabras "lleguen"; todo eso y más cosas quiero, pero si tuviera que quedarme con una, escogería lo de una verdadera facultad, y la razón es: porque donde abunda en verdad la Palabra todo lo demás llega como por añadidura.

Ya he escrito en otra ocasión sobre la Facultad y no creo que haya que repetir aquí. Sólo quiero agregar, a modo de epílogo para estos recuerdos y consideraciones, que pido que la teología sea estudiada sin pretensiones de hacerla "útil" de manera simplista y pragmática.

Sé bien que puede estudiarse teología para defender la fe o para aprender a hacer pastoral pero la teología que da vida, la que realmente impacta en la cultura y entreabre el cielo es la que brota del amor, de la urgencia de conocer a Cristo y sus misterios.

Dios, ¿voy a ver mi sueño en esta tierra? ¿Voy a ser parte de él? *Fiat voluntas tua.*